

INTRODUCCIÓN¹

Por Eduardo Lolo

Soñar en español. Eso y no otra cosa fue lo que hicieron unos pocos hispanistas reunidos en Nueva York en 1973 cuando decidieron fundar la Academia Norteamericana de la Lengua Española. El sueño compartido carecía de reconocimiento, aceptación o subvención alguna –gubernamental o extraoficial–, ni de España ni de los Estados Unidos: nuestros fundadores estaban solos en su soledad, lingüística y geográficamente. La propia denominación en español, echando de lado por ‘extranjero’ el término Spanish ya era, de por sí, una declaración de principios: se soñaba con una institución norteamericana, no con “a North American institution”. Tampoco era una organización española, no solamente por la inexistencia de vínculo inicial alguno con entidades de la Península, sino por la propia composición étnica de ese grupo de soñadores donde estaban representadas 5 naciones hispanas. Cierto que la idea originaria fue de un español exiliado en los Estados Unidos: Tomás Navarro Tomás (que traía de bagaje cultural su pertenencia a la RAE antes de tener que partir al exilio) a quien se le unieron en la quimera otros dos españoles: Odón Betanzos Palacios y Jaime Santamaría. El grupo, sin embargo, no quedó del todo completo y activo hasta la incorporación del chileno Carlos McHale, el peruano Eugenio Chang-Rodríguez, el ecuatoriano Gumersindo Yepes, y el puertorriqueño Juan Avilés.

Desde un principio, el camino a andar fue cuesta arriba. Atrás quedaba la época en que el español era el lenguaje más hablado en el vasto territorio de lo que hoy llamamos Estados Unidos de América. En efecto, nuestro idioma no fue solamente la primera lengua europea en escucharse en lo que luego sería este país, sino la de uso más extendido a lo largo de varios siglos, particularmente durante la prolongada vida de la zona norte del Virreinato de Nueva España. Después, como sabemos, el inglés casi desplazó del todo al castellano en la vida diaria de los norteamericanos, pero la existencia de obstinados topónimos en español queda para recordarnos la amplia región continental (de la costa del Atlántico a la del Pacífico) en que se utilizaba nuestro idioma hasta para bautizar parajes antes desconocidos por los europeos. Son nombres cuyos significados originales permanecen hoy ocultos para casi todos los estadounidenses que los emplean cotidianamente, quienes desde niños pronuncian palabras en español sin saber que están hablando en una lengua diferente

¹ Lolo, Eduardo. “Introducción.” *Cuarenta años de la ANLE: Vida y bibliografía activas 1973-2013*. Edición de Eduardo Lolo. Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2020: 15.23.

del inglés. Montana (con su eñe mutilada, pero hispana aún), Texas, Nevada, Amarillo, Colorado, Río Frío, Los Ángeles, Las Vegas, El Paso, y un largo etcétera son prueba fehaciente de esa obstinación toponímica hispana todavía vigente.

Todas las academias de la lengua española reconocidas hasta el nacimiento de la ANLE habían sido fundadas en países donde el castellano era el idioma principal; de ahí que la identificación del lenguaje no necesitaba ser incluida en las denominaciones oficiales (Academia Mexicana de la Lengua, Academia Cubana de la Lengua, etc.) El hecho innegable de que a partir de la segunda mitad del siglo XIX el inglés se convirtió en la lengua predominante en los EE.UU., y que de ahí había ampliado su influencia al resto del mundo occidental, fue un escollo a salvar por los bisoños académicos estadounidenses: Estados Unidos no era una nación hispana; antes bien, el vórtice de un expansivo proceso idiomático en detrimento del español –y de todas las demás lenguas, dicho sea de paso. No obstante ello, la perseverancia de nuestros fundadores y la comprensión y solidaridad de sus homólogos de España y demás países hispanos permitió que la ANLE, solamente 7 años después de su constitución, fuera admitida como miembro pleno de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE), con los mismos derechos y deberes de las que le habían antecedido.

Desde su establecimiento y hasta la fecha, la ANLE ha estado bajo la dirección de tres destacados hispanistas, elegidos democráticamente entre sus miembros numerarios. Los dos primeros formaron parte del conjunto inicial de soñadores: Carlos McHale (1973-1978) y Odón Betanzos Palacios (1978-2008). El segundo fue remplazado por Gerardo Piña-Rosales –Director actual– creador, además de una destacada obra literaria y lingüística, del término “hispanounidense”. Este gentilicio de nueva factura pretende servir para identificar a los hispanos de los Estados Unidos, hoy por muchos erróneamente denominados “latinos” en menoscabo de otras comunidades latinas no hispanas asentadas en la Unión, como las formadas por portugueses, italianos, brasileños, haitianos, etc. Tal parece que se ha perdido de vista que los vocablos “latino” e “hispano” no son sinónimos, pues si bien todos los hispanos son latinos, no todos los latinos son hispanos. Pero todos los hispanos en los Estados Unidos son “hispanounidenses”.

La ANLE está formada por cincuenta académicos de número y ciento cincuenta académicos correspondientes (Ver Apéndice I). Siguiendo las normas heredadas de la RAE y extendidas a la ASALE, queda estatuido que los miembros numerarios deben residir en los EE.UU. al momento de su investidura; no así los correspondientes, quienes pueden tener su residencia en cualquier país al alcanzar dicho rango. Nuestra entidad ha creado, además, una tercera categoría: la de colaboradores, que algunas academias hermanas han adoptado. Para ser admitido como colaborador de la ANLE no se necesita ser hispanista; basta con amar la lengua que heredamos y colaborar en las actividades de la organización. Huelga decir que los

colaboradores que se conviertan en hispanistas pueden servir (y de hecho sirven) de cantera de la corporación.

La ANLE tiene su sede principal y está registrada oficialmente en Nueva York como una organización no-gubernamental y sin fines de lucro. No obstante ello, su carácter nacional ha determinado la constitución de delegaciones en otras zonas del país, tres hasta el momento: Washington DC, la Florida y Texas. En la actualidad hay otras delegaciones en estado de formación que aseguran la extensión de la ANLE no solamente desde el punto de vista geográfico, sino étnico. Esto último nos permite estudiar y registrar las diferencias del español según la zona donde estén ubicados sus hablantes, aunque siempre enfatizando sus similitudes. Porque es el caso que el objetivo primario de la ANLE es promover la unidad y defensa del castellano en nuestro país frente a la presencia avasallante del inglés, idioma preponderante en la nación. Esta meta cardinal, sin embargo, no nos imposibilita hacer de la polémica interacción entre las dos lenguas un campo de análisis e investigación de suma importancia para la ANLE, pues es el caso que nuestra defensa de la lengua española no implica intentar o propiciar su inmovilidad, tratando de imponerle rígidas fronteras a un idioma que, como todo lenguaje, está siempre en proceso de desarrollo.

Además del objetivo arriba señalado, la ANLE se encarga de reconocer la labor de destacados hispanistas norteamericanos por sus estudios de la lengua y las literaturas en español, ya sea mediante la nominación a miembros correspondientes o numerarios, según el caso, o el otorgamiento del Premio “Enrique Anderson Imbert”, instituido en honor del famoso profesor y académico de origen argentino que tanto aportó a los estudios hispánicos en los EE.UU. Según reza en sus bases constitutivas, se trata de “un galardón establecido con la finalidad de reconocer la trayectoria de vida profesional de quienes han contribuido con sus estudios, trabajos y obras al conocimiento y difusión de la lengua y la cultura hispánicas en los Estados Unidos. Se podrá conceder tanto a personas como instituciones y tendrá una periodicidad anual.” Concursos literarios y otras formas de reconocimiento persiguen fines semejantes o complementarios.

La ANLE, como toda academia, no es una organización de masas ni pretende cubrir todos los campos del entendimiento humano (para esos existen otras tantas academias); pero la configuración de ese entendimiento en base a la lengua española y sus literaturas sí está dirigida a toda la población hispanohablante de los Estados Unidos. El hecho de que la mayoría de los integrantes de la corporación se dedique a labores docentes o mediáticas, ha coadyuvado extraordinariamente a la expansión demográfica de nuestra gestión.

El establecimiento de convenios con otras instituciones nacionales afines ha sido uno de los factores que nos ha permitido superar con creces nuestra condición de ínsula lingüística. Entre los más importantes acuerdos hasta ahora logrados están los que nos unen a destacadas agrupaciones académicas estadounidenses tales como

la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese (AATSP), la Modern Language Association of America (MLA), la Asociación de Licenciados y Doctores Españoles en los Estados Unidos (ALDEEU), etc. Consecuentemente, la presencia de nuestros miembros en congresos y simposios organizados por otras entidades análogas se ha hecho común, ya sea presentando ponencias, como oradores principales en sesiones plenarias y/o dando a conocer nuestras publicaciones. En reciprocidad, integrantes de dichas asociaciones fueron bienvenidos y participaron activamente en el I Congreso de la ANLE, celebrado en Washington DC en el año 2014.

Un convenio de colaboración a destacar en particular fue el firmado en 2009 con el Gobierno Norteamericano con el fin de mejorar y normalizar sus comunicaciones con la numerosa población hispanohablante de los Estados Unidos, ya convertida en la minoría demográfica más cuantiosa de la nación. Mediante ese acuerdo, se reconoció oficialmente a la ANLE como la máxima autoridad del idioma español en el país.

Otros tratados bilaterales fuera de nuestras fronteras nos han permitido llevar la cultura hispanounidense a otras naciones, como los firmados con la Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua y la Universidad Pontificia de Comillas (España), la Universidad de Verona y la Universidad de Bolonia (Italia), el Instituto Tecnológico de Monterrey (México), etc. Además, gestiones llevadas a cabo ante notorias bibliotecas nacionales y extranjeras han logrado que nuestras publicaciones sean catalogadas y puestas a disposición de lectores que, por nosotros mismos, no habríamos alcanzado.

Dichas publicaciones habían comenzado a emerger incluso antes de que la ANLE fuera reconocida por la ASALE. En efecto, el primer número del *Boletín de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (BANLE)* se publicó en 1976 y se mantiene activo hasta la fecha, siempre en forma impresa. Integran su contenido, esencialmente, ensayos dedicados a los estudios lingüísticos y filológicos hispanos. En 1994 pareció la revista *Glosas*, dedicada a editar trabajos sobre el estudio del español *de y en* los Estados Unidos. Esta última inició su tirada y se mantuvo por mucho tiempo en un tradicional formato impreso; en la actualidad se edita solo digitalmente.

Nuestra institución ha ampliado sustancialmente su presencia en el joven medio de la Internet para hacer llegar su mensaje y sus publicaciones periódicas a un sector más amplio de la hispanidad. Además de un destacado ciber sitio permanente y la ya mencionada *Glosas*, otras dos revistas pueden leerse gratuitamente en la red cibernética: *El Boletín Informativo de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (BIANLE)* y el *Boletín Octavio Paz*. El primero apareció en 2008 y tiene como contenido noticias de las actividades de la ANLE y de sus miembros. El segundo vio la luz un año después y está dirigido, fundamentalmente, a los lectores y

estudiosos de la obra de Octavio Paz y la literatura mexicana en particular. La más reciente de las publicaciones periódicas de nuestra organización es la *Revista de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (RANLE)*. Fundada en 2011, la *RANLE* abarca en su contenido una amplia gama de géneros, incluyendo entrevistas y obras de ficción. Por el momento, la *RANLE* aparece solamente en atrayentes volúmenes impresos que pueden adquirirse en la Internet, aunque es posible que surja en un futuro cercano una versión electrónica.

La edición de libros en español (también disponibles en el espacio cibernético) es otro campo en el cual la ANLE se ha destacado enormemente. Tras un tímido inicio, la cantidad y calidad de las obras con el sello de la Editorial de la Academia Norteamericana de la Lengua Española han ascendido exponencialmente. Son libros encaminados, en lo fundamental, a la promoción del estudio del castellano y las literaturas hispánicas, la mayoría de ellos debidos al trabajo de equipos de especialistas en las diversas ramas que conforman los estudios lingüísticos y literarios (Ver Apéndice II). A manera de complemento, muchos de nuestros miembros han colaborado en obras editadas por otras academias; por ejemplo, en el recientemente aparecido *Diccionario de Americanismos* publicado por la ASALE y el *Diccionario Panhispánico de Dudas*, de la Real Academia Española (RAE) o en el mismo *Diccionario de la Lengua Española* en sus últimas ediciones, también de la RAE.

Sin embargo, el cúmulo mayor de libros creados por nuestros asociados no aparece bajo el sello de la ANLE u otro componente de la ASALE, sino que responde a los contratos que cada uno de sus autores o editores hayan firmado con casas editoriales comerciales o gubernamentales tanto de los EE.UU. como de España u otros países. Esta muestra bibliográfica que presentamos intenta recoger lo fichado de esa producción de miembros activos de nuestra corporación en los primeros 40 años de vida de la ANLE (que es decir, entre 1973 y 2013, ambos inclusive), sin tomar en cuenta en qué lugar fueran publicadas sus obras ni quiénes hayan sido los editores. Libros salidos al mercado con antelación a la investidura de cada afiliado (siempre y cuando estén fechados en el lapso establecido) también han sido recogidos en esta bibliografía, ya que en definitiva la existencia de los mismos fue uno de los factores fundamentales que propiciaran su pertenencia a la ANLE.

En la mayoría de las fichas que verán a continuación los miembros de la ANLE aparecen como autores; pero pueden ser también identificados como editores, compiladores o traductores de los libros compendiados, según la información recabada. Y aunque parezca una relación voluminosa, quiero aclarar que no se trata de una bibliografía completa de todos los académicos presentes o pasados. Ni siquiera es un inventario exhaustivo. De ahí que no se encuentre información alguna de bibliografías pasivas ni de piezas sueltas aparecidas en periódicos, revistas, series, antologías o compilaciones, tanto de hechura física como virtual. Tampoco han sido consignadas las obras de los miembros oficialmente inactivos, ni las funciones de

editor de publicaciones periódicas, excepto cuando se tratase de un número (o volumen) monotemático conmemorativo o festschrift, que entonces cuenta como un libro. También fueron obviados los datos de discos, casetes, videos y materiales audiovisuales publicados, cualquiera que fuese su formato. Afiliados fallecidos mientras se encontraban activos sí fueron tomados en consideración, y sus libros editados en el período arriba señalado han sido, con mucha razón y justicia, incluidos.

Con el fin de agilizar la búsqueda de información, se ha dividido la presente bibliografía en secciones según las letras del abecedario. Con el mismo propósito, hemos enfatizado el nombre de cada asociado en su primera entrada y añadido un Índice Onomástico de fácil manipulación a partir de la página ___ donde se notifica la ubicación de la ficha inicial de cada autor.

Nuestros académicos conformaron la fuente principal de esta recopilación. Sin embargo, en busca de cierta unidad estilística, las fichas por ellos enviadas (casi tan disímiles como sus raíces nacionales) fueron adaptadas al formato de la MLA de uso común en nuestro campo en los Estados Unidos. Empero, dicha adaptación no fue total en todos los casos, ya que eventualmente decidí dejar en algunas de las entradas remitidas ciertas características propias que casi siempre correspondían al formato bibliográfico del país de origen del autor, con lo que se mantuvo algo así como una especie de ‘saborcito’ nacional en algunas fichas.

Para completar o corroborar el fichero resultante fue determinante la labor de los miembros de la actual Comisión de Bibliografía y Hemerotecnia de la ANLE que me honro presidir (ver Página Legal). Con el mismo objetivo fueron consultados experimentados colegas y archivos virtuales de bibliotecas significativas, incluso más allá de nuestras fronteras y fuera del medio académico. A todos hago llegar, públicamente, mi agradecimiento, pues sin semejante colaboración este compendio bibliográfico no habría podido materializarse.

De lo anterior se desprende, a manera de corolario, que el compilador solo tuvo literalmente en sus manos un muy reducido número del total de libros registrado en esta muestra, por lo que si había algún error en los catálogos examinados o los listados recibidos, aquí aparecerá reproducido. A esas posibles faltas foráneas es muy probable que haya que añadir alguna que otra pifia propia, sobreviviente a todo escrutinio. Hecha la aclaración, desde ahora pedimos disculpas por todos los posibles errores que puedan haber pasado inadvertidos, tanto nuestros como ajenos; ninguno de ellos (en caso de que existan) ha sido intencional.

En las próximas décadas se calcula que el español alcance, dado el pronosticado aumento de la población hispana en este país, un nivel muy semejante al que tenía hace unos 200 años, época en que el Virreinato de Nueva España cubría la mayor parte de lo que hoy denominamos Estados Unidos de América (véase el mapa de las cubiertas). Cuando ese momento llegue, la ANLE ya habrá superado con creces su medio siglo de vida, mas su misión principal continuará siendo el estudio, la

defensa y la promoción de nuestra lengua y sus literaturas. Como resultado de la conjunción del poder de la demografía y el sueño realizado de la ANLE con su vida y bibliografía activas, puede que muchas cosas continúen cambiando para bien en nuestra gran nación, y los Estados Unidos lleguen a ser, sin menoscabo de cultura ni raza alguna, un país hispano. Entonces, y solo entonces, es posible que una triste eñe largo tiempo atrás lisiada recupere su tilde amputada. Y ese día brote en todos los mapas de los Estados Unidos, recostado a un glacial con reflejos de asombro, un ‘nuevo’ estado de la Unión Americana: el Estado de Montaña.

Nueva York, primavera de 2017.